MONTSERRAT CABRÉ I PAIRET*

Hildegarda de Bingen y la práctica de la autoridad

Cuando acepté el reto de pensar la vida de Hildegarda de Bingen (1098-1179) para hacerla presente en nosotras, dudé poco en proponerme estudiar su práctica de la relación de autoridad, convencida de que su vida podía cobrar sentido hoy al ser leída a la luz de su capacidad (o incapacidad) para reconocer, hacerse reconocer y reconocerse autoridad.[1] A mi determinación, basada en mi interés por el pensamiento de la diferencia sexual y la política de lo simbólico, se le añadía el desasosiego de una sospecha: que la compleja vida de Hildegarda, junto con la riqueza y extrañeza de su obra, pudieran ser banalizadas de forma sutil, presentándola como una excéntrica curiosa o como una de esas mujeres excepcionales cuya genialidad tiene poco o nada que ver con nosotras.[2]

Hildegarda fue una de esas mujeres que inciden en su tiempo y lo trascienden de una manera tan brutal que no pueden ser invisibilizadas ni empequeñecidas fácilmente: ella escribió obras teológicas,

* Una primera versión de este texto fue presentada en una tertulia organizada por la Plataforma Autónoma Feminista de Madrid y celebrada el 5 de marzo de 1998. Agradezco a las mujeres de la Plata haberme invitado a pensar sobre el sentido que puedo reconocer hoy en la vida de Hildegarda; a Gloria Sánchez y Ana Vargas quiero agradecer, además, su mediación y su hospitalidad. A Milagros Rivera y Caroline Wilson, su interés activo en su publicación en este monográfico.

científicas y filosóficas; fue médica, poeta, compositora musical, predicadora y dirigió y fundó comunidades religiosas femeninas; las gentes del pueblo y los poderes laico y eclesiástico le reconocieron virtud y capacidad proféticas que adquiría a través de la visión.[3] La historiografía brillante y erudita ha estudiado y estudia todavía la grandeza de su obra en vida, señalando la enorme autoridad política y teológica de que gozó.[4] Y a pesar de ello su mundo, sus actividades y el contenido preciso y forma de adquisición de sus saberes son ajenos a mí. Sin embargo, he creído encontrar en la vida de Hildegarda un eje que no me es ajeno, ni hostil la genialidad política con que casi siempre lo gestionó. Para mí, la práctica de la relación de autoridad, lo que yo identifico de ella, es el eje de la vida de Hildegarda y, también, la clave de su éxito -y entiendo por éxito aquí su capacidad de mostrar la autoridad femenina en el mundo, su capacidad de hacerla fuente de significado en el mundo.[5]

En la vida de Hildegarda puedo leer cuatro aspectos de la práctica de la autoridad: cómo reconoció autoridad a otras, cómo se la reconoció a sí, cómo la acogió y ejerció cuando le venía reconocida por otras y otros y cómo actuó para que le fuera reconocida a ella en momentos de conflicto.

Hildegarda de Bingen nació en 1098 en la Renania, más concretamente en Bermersheim, cerca de Alzey, en la parte más occidental de la actual República Alemana, un lugar cercano a las fronteras de ese estado con los de Francia y Luxemburgo. Nació en el seno de una familia noble y fue la menor de diez hermanas y hermanos. A muy temprana edad, a los ocho años, fue enviada a la comunidad femenina de Disibodenberg donde asimismo vivió una de sus hermanas; esa comunidad dependía jurisdiccionalmente del monasterio masculino benedictino del mismo nombre donde dos de sus hermanos habían sido también ofrecidos a la vida religiosa. Allí fue educada por Jutta de Sponheim, quien dirigía esa comunidad y, "la educó en la humildad y la inocencia, le instruyó en el salterio decacorde y le enseñó a gozar de los salmos de David. A excepción de esta simple introducción en los salmos, no recibió ninguna otra

enseñanza, ni del arte de la música, ni de las letras, y, sin embargo, han quedado de ella no pocos escritos y no exiguos volúmenes." [6]

A pesar de que se describa la educación de Hildegarda como pobre y de que ella se presentara recurrentemente como *indocta* a lo largo de toda su vida (algo que la crítica actual interpreta como un tropo), no diría que esto represente una desvaloración de Jutta por parte de Hildegarda. Más bien diría que Hildegarda reconoce en Jutta el origen sin renunciar a la responsabilidad de ser principio.[7] Porque Hildegarda, que en ocasiones se refiere a Jutta como a "la mujer iletrada",[8] reconoce en ella su maestra y su medida: es Jutta quien percibe la capacidad visionaria que la niña Hildegarda esconde "por miedo a los hombres" y quien la acoge, dejándola fluir sin hacerla pública. "Después de su muerte", relata Hildegarda en un indicio precioso de la función mediadora de Jutta en su vida, "continué viendo del mismo modo hasta que cumplí cuarenta y dos años".[9] Jutta, que practicaba un riguroso ascetismo y poseía a su vez virtud profética, tenía en el momento de su muerte diez discípulas, de las que Hildegarda era la primera y más íntima.[10] Según cuenta la *Vida de Hildegarda*, Jutta "veía llena de admiración cómo la discípula se convertía en maestra y en guía precursora de las sendas superiores."[11] En 1136, a la muerte de Jutta, Hildegarda, que por aquel entonces tenía 38 años, fue elegida para sucederla en la dirección de la comunidad femenina de Disibodenberg. Hildegarda, separada de su madre Matilde, creció con las enseñanzas y el sustento de Jutta; de su maestra aprendió la relación de autoridad, si no un exquisito latín.

Aunque su visión más temprana ocurrió a los 3 años Hildegarda no se expuso a su reconocimiento público hasta los 42, cuando habiendo dirigido la comunidad de Disibodenberg durante los últimos cuatro años, "...llegó el tiempo en que su vida y sabiduría habrían de manifestarse para la salvación de muchos. La voz de Dios le instaba a que se detuviera a escribir lo que hubiera visto u oído. Ella lo retrasaba por vergüenza femenina, temiendo además no sólo la jactancia del vulgo sino los juicios temerarios de los hombres. Pero un violento aguijón la obligó a no dudar más en descubrir los secretos

revelados del cielo. Y así, cuando en una ocasión yaciera debido a una larga enfermedad, confesó con miedo y humildad la causa de aquel castigo, primero al monje que había sido propuesto como su maestro, y a través de él al abad." [12]

Esta "vergüenza femenina" de la que habla la *Vida* de Hildegarda yo puedo interpretarla hoy como sentido de la oportunidad política. Porque habiendo aprendido a reconocerse a sí como fuente de saber en esa antigua experiencia de revelación, Hildegarda percibió el momento y la circunstancia precisos para ofrecer su saber del mundo. Oportunidad política porque el saber de Hildegarda era un saber que le instaba a incidir en el mundo y no a enajenarse de él: habiéndose reconocido autoridad a sí, requería del reconocimiento de autoridad de otras y otros para operar en el mundo desde un régimen de mediación propio y sin ceder significados, o cediendo pocos, al orden sociosimbólico patriarcal.

El abad de Disibodenberg sometió a escrutinio la actividad visionaria de Hildegarda; se convenció de la veracidad de su visión cuando, estando enferma, (Hildegarda enfermaba cada vez que no cumplía la voluntad divina), vió como "En cuanto comenzó a escribir la obra que antes no se atreviera, le volvieron las fuerzas y pudo levantarse del lecho".[13] Es decir: la expresión de su saber con la palabra literalmente la curó y el abad, impresionado por este episodio, decidió consultar con los jerarcas eclesiásticos para determinar la autenticidad de ese conocimiento. En la investigación intervinieron obispos, arzobispos, Bernardo de Claraval (el fundador de la orden cisterciense) y el propio papa; el resultado fue la concesión de una licencia canónica para que Hildegarda expresara libremente lo que conociera a través del Espíritu Santo. Porque para hablar en nombre propio, "La beata Hildegarda, llena de humilde fe, se manifestaba con palabras, que no había recibido ni de hombre ni a través de hombre, y exhalaba tan buen olor y fragancia de santidad que se expandió por todo lo ancho y largo. Entonces acudieron a ella no pocas hijas de nobles para recibir la institución del hábito religioso según los caminos regulares."[14]

Muestra de hasta que punto Hidegarda consiguió, en esta fase de su vida, el reconocimiento de autoridad de los grandes teólogos de su época es la carta que Bernardo de Claraval, el reformador del monacato y fundador de la orden cisterciense, le dirige en 1146-1147, donde expresa su incapacidad para enseñarle nada: "Nos alegramos por la gracia de Dios que hay en tí. En lo que a nosotros respecta te exhortamos y conjuramos a que te afanes en responder a la gracia que tienes con toda humildad y devoción, sabiendo que Dios resiste a los soberbios y otorga su gracia a los humildes. Por lo demás, ¿qué podemos aconsejar o enseñar donde hay un conocimiento interior y una unción que todo lo enseña? Más bien te rogamos y pedimos humildemente que nos tengas junto a Dios en la memoria y también a aquellos que están unidos en la comunidad espiritual."[15]

A Hildegarda le pidieron opinión y consejo abadesas de otros monasterios alemanes[16] pero también mujeres de vida secular como Leonor de Aquitania y la emperatriz bizantina Irene; entre los interlocutores, diversos abades, cuatro papas, varios arzobispos, dos emperadores y nobles prominentes, además de Bernardo de Claraval. Muestras indudables del reconocimiento de autoridad que algunos hombres hicieron a Hildegarda son las de Volmar, el monje de Disibodenberg que durante más de treinta años fue su secretario, que decidió seguirla a la nueva fundación de Rupertsberg, a pesar de la oposición de su abad, a quien debía obediencia. También, la de Guibert de Gembloux, un monje que después de una intensa actividad epistolar con ella decidió abandonar su monasterio para estar cerca de Hildegarda;[17] en 1177, a la muerte de Gottfried (quien había sustituido a Volmar), ella le nombró su secretario.

Fue en 1150, después de reconocerse autoridad a sí y de hacerlo en una forma y circunstancia que le permitieron que le fuera reconocida por los más altos jerarcas de la estructura eclesiástica con la que convivía - es decir, habiendo encontrado las mediaciones históricas adecuadas-, cuando decidió separarse del monasterio de Disibodenberg. Hecha su revolución simbólica, una revolución que

le permitió desmarcarse de la comprensión canónica y sistemática del orden dado y dar a luz el mundo desde sí, se empeñó en poner en orden lo social: "Como no cabían todas en la celda y se había planteado un traslado o una ampliación de su habitáculo, a Hildegarda le fue mostrado por el Espíritu un lugar, allí donde confluye el Nahe con el Rin, esto es, la colina conocida desde días antiguos por el nombre del confesor san Rupert...".[18]

Decidió fundar entonces un monasterio femenino cerca de Bingen (y de ahí el nombre por la cual es conocida), solo a unos 30 kilómetros del emplazamiento de la antigua comunidad. No fue fácil romper ese vínculo y llevar a cabo la nueva fundación, puesto que Kuno, abad de Disibodenberg, intentó impedir que se consumara esa separación física y material -intentó impedir que se tradujera en orden social la revolución simbólica. Pero finalmente Hildegarda y unas veinte monjas consiguieron, con la mediación de la marquesa Ricarda von Stade, separarse de la comunidad, reuniendo los apoyos económicos imprescindibles y los permisos eclesiásticos correspondientes.

Su práctica de la autoridad con las monjas que vivían con ella es descrita en la *Vida de Hildegarda* como capacidad de percepción de lo ajeno y voluntad y capacidad de intervención; capacidades y voluntades que, cuando motivadas por el deseo de facilitar el crecimiento de otro u otra, constituyen el núcleo del orden materno:[19] "También a los extraños que llegaban hasta ella, incluso a los reprochables, les hablaba con dulzura y suavidad mientras lo considerara adecuado. A las monjas que vivían con ella, las reprendía con mucho afecto y dulzura materna cuando se producía entre ellas rencor, desavenencias, tristeza secular, desidia o negligencia. Percibía de tal modo sus voluntades, intenciones y pensamientos que en los oficios divinos les respondía con sus bendiciones según la inclinación del corazón."[20]

Entre 1160 y 1170, y a pesar de su mala salud, realizó cuatro extensas misiones de predicación por el norte de Alemania. Es en el marco de esta actividad cuando fundó, no sin dificultades, otro

monasterio en Eibingen, al sur de Rüdesheim, también a orillas del Rin pero en la orilla opuesta a Rupertsberg. Consolidada la fundación donde vivía, quiso incidir en el mundo creando otros espacios simbólicos y sociales regidos por el orden y la mediación femenina. Hildegarda realizó diversas curaciones milagrosas y liberó a endemoniadas; ni esto ni los libros de medicina que escribió le servían para curarse a sí misma, siempre emfermiza. Sus enfermedades,[21] símbolos de sus conflictos de autoridad, se curaban solo con la obediencia a sí, a lo que procediendo de Dios percibía en sí: "Mientras tanto me fue mostrado en verdadera visión que debía ir a visitar algunas comunidades monásticas de hombres y mujeres, y manifestarles abiertamente las palabras que Dios me había mostrado. Como intentara hacerlo y no tuve fuerzas corporales, mi enfermedad se alivió algo. Siguiendo la orden de Dios, calmé las disensiones que existían entre ellos. Y es que, siempre que descuidaba los caminos que Dios me ordenaba por temor del pueblo, me crecían los dolores del cuerpo, y no cesaban hasta que obedecía. Así le ocurrió a Jonás que mucho se afligió, hasta que se dispuso a obedecer."[22]

Hildegarda practicó la autoridad, reconocida ya en el mundo común, para apoyar el deseo de otras mujeres con quienes había entablado relación y con las que estableció relaciones de intercambio. Gertrudis de Stahleck fue una mujer de la élite noble alemana, hermana del rey Conrado III, que hizo importantes donaciones para que el monasterio de Ruperstberg pudiera ser fundado. A la muerte de su marido en 1156, Gertrudis decidió tomar el velo y retirarse al convento de Wechterswinkel donde, sin embargo, no encontró el tipo de vida que para ella buscaba. Se dispuso así a fundar un nuevo monasterio en Bamberg; para ello, necesitaba del apoyo activo de su arzobispo Eberhard.[23] La mediación de Hildegarda fue crucial en esta fundación: escribió al arzobispo para que apoyara a Gertrudis en su decisión fundadora.[24] Poco después, en una clara relación de intercambio, Gertrudis confirma las donaciones que diez años antes había hecho para Rupertsberg. Pero Hildegarda no se implica solo favoreciendo la creación del nuevo monasterio sino que, a su propio requerimiento, prepara a Gertrudis para su nueva vida ofreciéndole apoyo y consejo.

Una vez consolidada la nueva fundación con Gertrudis como abadesa, Hildegarda ejerce su autoridad poniendo en orden el proyecto: se dirige entonces no ya a Gertrudis sino a la congregación de monjas de la comunidad para recordarles que no fue su tenacidad personal, sino el plan preconcebido de Dios, lo que propició la consecución de su deseo, y les insta a concentrarse en su trabajo espiritual.[25]

Entre 1152 y 1164 Hildegarda practicó la relación de autoridad con Elisabeth, una monja de Schönau treinta años menor que ella. Las dos mujeres compartían la experiencia visionaria de la llamada divina, aunque Hildegarda nunca alcanzara el éxtasis místico que caracterizó la vida de Elisabeth. La relación entre ellas es de clara disparidad: Elisabeth escribe a Hildegarda pidiéndole verificación de sus primeras experiencias visionarias. A pesar de gozar del apoyo incondicional de su hermano, Elisabeth había encontrado oposición entre algunos laicos y clérigos que habían cuestionado, manipulado y burlado sus visiones. Elisabeth busca en Hildegarda medida para su experiencia y para ello necesita relatársela originalmente, en primera persona, y se muestra entristecida por la posibilidad de que conociera sus vivencias ya distorsionadas por sus difamadores: "Tal y como dijisteis que habíais sabido de mí, confieso que se me formó una nube de perturbación en mi alma a causa de los necios rumores de la gente, que dice muchas cosas de mí que no son verdad."[26] Hildegarda acoge la petición de Elisabeth y le sintetiza, en una epístola de respuesta, su pensamiento sobre la función en este mundo de la llamada divina, animándole a seguir ("Sigue oyendo" [27]) sin renunciar a transmitirle la ansiedad que produce esta experiencia. Hildegarda proyecta hacia Elisabeth el reconocimiento de autoridad recibido de ella, favoreciendo que Elisabeth reconociera autoridad en sí. Y señalándole cuando, en su opinión, ponía ese reconocimiento en peligro: años más tarde Hildegarda, preocupada por los ejercicios extremos de auto-mortificación que Elisabeth practicaba, la conmina a moderarse. Percibe las prácticas de ayuno extremo de Elisabeth como un rechazo hacia su cuerpo y a su naturaleza física; algo que Hildegarda interpreta como negación de la intención divina.[28]

La práctica de la autoridad de Hildegarda no estuvo exenta de conflicto, y se produjo un suceso en su vida que percibió como un grave conflicto de autoridad, no ya de la autoridad femenina reconocida y significante en el mundo común, sino de la autoridad como figura del intercambio que estructura las relaciones entre mujeres. Hildegarda sentía un gran afecto por Ricarda, una joven noble perteneciente a la familia von Stade encomendada a ella por su madre para velar por su educación. Ricarda, una de las monjas que siguió a Hildegarda de Disibodenberg a Rupertsberg, se convirtió en su estrecha colaboradora; Hildegarda reconoce que es el amor de Ricarda, mucho más joven que ella, lo que sostiene y favorece el fluir de su palabra. El conflicto de autoridad se produce cuando la marquesa von Stade, madre de Ricarda, dispuso que su hija y su nieta Adelaida, que vivía también en Rupertsberg, dejaran ese monasterio para aceptar sendos cargos de abadesas en otras comunidades. Hildegarda se opone firmemente y desde el principio a que esto suceda en los dos casos pero, perdida su causa en primera instancia, escoge dirigir sus esfuerzos a evitar la marcha de Ricarda. Buscando una mediación en el orden materno, escribe a la madre de Ricarda pidiéndole que desista de su proyecto; incapaz de conseguir lo que perseguía por esta vía, se dirige en busca de alianzas al hermano de Ricarda, al arzobispo de Maguncia, y al propio papa -que se inhibe a mediar en el conflicto.[29] Hildegarda percibía la decisión de marchar de Ricarda, quien al parecer aceptó la propuesta, como una decisión sujeta a influencias externas ya que el abadiato hubiera dotado de prestigio social a la familia von Stade en un momento de dificultad. Celosa de su propia autoridad, no creyó en la capacidad de Ricarda para actuar y practicar la autoridad en el mundo lejos de su lado, y considera su actitud un acto de soberbia. Incluso habiendo sido ya formalmente elegida abadesa de Bassum (el actual Birsim, cerca de Bremen), Hildegarda, acusando de simonía a las y los implicados, prohibe a Ricarda abandonar Rupertsberg; finalmente, Ricarda marcha.

Marirì Martinengo ha visto a Hildegarda, en este episodio, inmersa en la contradicción del amor de la madre hacia la hija. Indudablemente

quería el bien de la hija, pero quería a su vez su sostén, su colaboración y su cercanía. Hildegarda percibió la marcha de Ricarda no ya como proceso de crecimiento sino como injusta rebelión a su autoridad.[30] Perdida la batalla, escribe a Ricarda a Birsim, donde ha tomado posesión del cargo de abadesa:

"Escucha, hija, tu madre espiritual te habla: mi dolor aumenta. El dolor mata la gran confianza y el consuelo que tenía en un ser humano. Desde ahora, diré: *mejor es refugiarse en el señor que confiar en magnates*. O sea, que el hombre debería mirar hacia el que vive en las alturas sin que amor alguno o falta de confianza le hagan una sombra como la que el etéreo humor de la tierra da por breve tiempo. Quien contempla así a Dios es como el águila que fija su mirada en el sol. Y por eso no debe uno prestar atención a las grandes personas, que se eclipsan igual que se marchita la flor.

2. Yo incumplí esto por amor de una noble persona. Ahora te digo que siempre que he pecado de este modo, Dios me ha mostrado ese pecado bien con angustias, bien con dolores, y así ha sucedido ahora por tu causa, como tú misma sabes.

3. Ahora te digo otra vez: ¡Ay de mí, madre. Ay de mí, hija! ¿Por qué me has dejado huérfana? Yo amaba la nobleza de tu talante, tu sabiduría y tu castidad, y tu espíritu y todo tu ser, hasta el punto que muchos decían: ¿Qué haces?

4. Ahora, que lloren conmigo todos aquellos que sufren un dolor semejante al mío, quienes sintieron un afecto en su corazón y su alma tan grande como el que yo he sentido por ti, por una persona que les fue arrebatada en un instante, como tú lo fuiste para mí.

5. Pero que el ángel de Dios te guíe y que el Hijo de Dios te proteja y que la madre de éste te guarde. Acuérdate de tu pobre madre Hildegarda; que no te abandone la felicidad."[31]

Esta carta de amor preciosa reconoce que la madre espiritual da

vida pero la recibe también: reconoce en la disparidad de la relación de autoridad el intercambio, y explicita no ya la inmadurez de Ricarda para ejercer de abadesa sino la tristeza que le produce su pérdida. A pesar del amor que expresa y del deseo de felicidad de esta despedida (que se produce con posterioridad a la separación), Hildegarda traduce su amargura en pérdida de la confianza que sentía hacia Ricarda.

Ricarda, de quien no poseemos testimonios directos de su pensamiento y experiencia de esta situación (mas que su activa aceptación de separarse de Hildegarda), murió al poco de llegar a Birsim, en 1152. Su hermano Hartwig se lo notificó a Hildegarda, explicándole que enfermó poco después de su separación y que manifestó su deseo de visitarla.[32] Hildegarda, triste, responde al hermano alabando las virtudes de Ricarda.[33] Sin embargo, Peter Dronke ha notado la dureza con que Hildegarda escribió sobre este suceso, años más tarde, hacia 1173-1174, en las notas autobiográficas que pasarían a formar parte de su *Vida*:[34] "Cuando estaba escribiendo el libro *Scivias*, tenía en pleno amor a una monja noble, la hija de la ya citada marquesa, como Pablo a Timoteo. Se había unido a mí en todo por medio de una amorosa amistad, compartiendo conmigo los sufrimientos hasta que terminara aquel libro. Pero debido a su distinguido linaje se inclinó por un puesto más elevado y quiso ser nombrada madre de un importante monasterio, lo que ambicionaba no tanto según Dios sino según el honor del siglo. Después de que se hubiera trasladado a un lugar alejado de mí, perdió muy pronto la vida presente con el nombre de su dignidad."[35]

Más bien parece que Hildegarda, reflexionando en la distancia, interpretó la muerte de Ricarda como un castigo, como resultado de la desobediencia a la voluntad divina; una voluntad que ella conocía, y que, probablemente, no era sino que Ricarda permaneciera en Rupertsberg con ella; ella, Hildegarda, que quizá había planeado que Ricarda le sucediera a su muerte como abadesa en Rupertsberg. La práctica de la relación de autoridad que Hildegarda aprendió y sostuvo magistralmente en el transcurso de su vida, encontrando los

tiempos precisos y las mediaciones históricas adecuadas para ponerla en juego, encuentra un obstáculo al confrontarse con el deseo, diría que contradictoriamente vivido, de Ricarda. Contradictoriamente vivido por el testimonio que su hermano ofrece de su tristeza después de la separación y de su voluntad de visitar a Hildegarda; no parece que su relación de autoridad con ella ayudara a Ricarda a afrontar el reto que para ella suponía convertirse en abadesa, donadora de orden y medida, de una comunidad femenina. A mí, como historiadora, se me hace difícil contraponer y juzgar lo que puedo percibir hoy de las vivencias del conflicto de autoridad, entre ellas y en ellas, de estas dos mujeres. Sin embargo puedo valorar, con mi saber de la relación entre mujeres, cómo la irresolución de ese conflicto, y el profundo dolor que ello causó, tiene que ver con la gestión de la disparidad en la relación de autoridad. Una disparidad que se empequeñece o se engrandece; nunca quieta, se mueve y se negocia. El que Hildegarda encontrara, en este caso, un muro en su gestión, no empequeñece el enorme talento político de Hildegarda; para mí, indica que la gestión de la disparidad es el tesoro más rico y delicado de la práctica de la autoridad entre mujeres.

notas:

1. Sobre el sentido de la autoridad hoy, LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN, *El final del patriarcado (ha sucedido y no por casualidad).* Traducción de Maria-Milagros Rivera Garretas. Barcelona: Llibreria Pròleg, 1996, esp.pp.25-28; y "Viure l'autoritat femenina", "Pensar l'autoritat femenina", en *Duoda. Revista d'Estudis Feministes* 13 (1997).

2. Barbara Newman, una estudiosa de Hildegarda, afirmaba en 1987 que Hildegarda no podía ser ya más relegada al estatuto de curiosidad en historia de la iglesia, *Sister of Wisdom. St. Hildegard's Theology of the Feminine.* Berkeley: University of California Press, 1987, p.XV. Once años más tarde, la propia Newman reconoce que en algunos estudios Hildegarda aparece todavía presentada como una anomalía, como un meteorito de un cielo del siglo XX caído en la Alemania del siglo XII para predicar los fundamentos de algunos movimientos de la Nueva Era, "Sibyl of the Rhine. Hildegard's Life and Times",

NEWMAN, Barbara (ed.), *Voice of the Living Light. Hildegard of Bingen and Her World.* Berkeley: University of California Press, 1998, p.1.

3. Un libro reciente donde diversas especialistas analizan las distintas facetas de la vida y la obra de Hildegarda y presentan el estado de la cuestión historiográfica, NEWMAN, Barbara, (ed.), *Voice of the Living Light. Hildegard of Bingen and Her World.* Berkeley: University of California Press, 1998. 278 pp.; una biografía en castellano, con una selección de textos, LORENZO ARRIBAS, Josemi, Hildegarda de Bingen (1098-1179). Madrid: Ediciones del Orto, 1996.

4. Especialmente NEWMAN, Barbara, *Sister of wisdom*, pp.34-41.

5. Sobre la autoridad femenina como eje de la lectura de la historia, RIVERA GARRETAS, María-Milagros, "Escribir y enseñar la historia al final del patriarcado", *Duoda. Revista d'Estudis Feministes* 15 (1998), pp.13-26.

6. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones de Hildegard von Bingen.* Madrid: Siruela, 1997, p.40. Las citas y menciones a la *Vida* de Hildegarda en este artículo se refieren a la biografía escrita por Theoderich von Echternach entre 1177 y 1181 bajo la supervisión de Hildegarda, que contiene fragmentos autobiográficos en primera persona dictados por ella; no a la *Vita* fragmentaria que se conserva de la mano de Guibert de Gembloux.

7. La distinción entre origen y principio es de MURARO, Luisa, "Autoridad sin monumentos", *Duoda. Revista d'Estudis Feministes* 7 (1994), pp.86-100.

8. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, p.57.

9. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, pp.56-57.

10. Así lo relata la *Vita domnae Juttae* (ca.1140). Cf.: NEWMAN, Barbara, "Sibyl of the Rhine. Hildegard's Life and Times", NEWMAN, Barbara (ed.), *Voice of the Living Light. Hildegard of Bingen and Her World.* Berkeley: University of California Press, 1998, pp.5-8.

11. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, p.41.

12. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, p.42.

13. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, p.42.

14. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, p.43.

15. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, p.125.

16. La relación de autoridad entre Hildegarda y diversas abadesas contemporáneas la ha interpretado Marirì Martinengo como voluntad de fundación de un orden materno, "Un epistolario a sorpresa", MARTINENGO, Marirì; POGGI, Claudia; SANTINI, Marina; TAVERNINI, Luciana; MINGUZZI, Laura, *Libere di esistere. Costruzione femminile di civiltà nel Medioevo europeo.* Torino: Società Editrice Internazionale, 1996, pp.9-39, pp.13-19.

17. Una traducción castellana de parte de las cartas entre Guibert de Gembloux y Hildegarda, en CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, pp.157-180. Una traducción inglesa de la correspondencia completa en *The Letters of Hildegard of Bingen. Volume II.* Translated by Joseph L. Baird and Radd K. Ehrman. Oxford: Oxford University Press, 1998, pp.16-49.

18. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, pp.43-44.

19. El orden materno como estructura simbólica y social que reconoce en la madre la fuente de autoridad es de MURARO, Luisa, *El orden simbólico de la madre.* Traducción castellana de Beatriz Albertini, Mireia Bofill y Maria-Milagros Rivera. Madrid: horas y HORAS, 1994.

20. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, p.59.

21. Un estudio sobre el papel central de la enfermedad en la expresión mística de Hildegarda, MOLINA, Caroline, "Illness as Privilege: Hildegard von Bingen and the Condition of Mystic Writing", *Women's Studies* 23 (1994), pp.85-91.

22. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, p.96.

23. Años más tarde, en 1163-1164 Eberhard le pide a Hildegarda que le transmita su saber sobre la Trinidad; las traducciones castellanas de esta carta y su respuesta en CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones*, pp.149-155.

24. La traducción inglesa de esta carta, datada en 1157, en *The Letters of*

Hildegard of Bingen. Volume I. Translated by Joseph L. Baird and Radd K. Ehrman. Oxford: Oxford University Press, 1994, pp.93-94.

25. La descripción de esta relación en WIETHAUS, Ulrike, "In search of medieval women's friendships. Hildegard of Bingen's Letters to Her Female Contemporaries", Wiethaus, Ulrike (ed.), *Maps of Flesh and Light. The Religious Experience of Medieval Women Mystics.* Syracuse: Syracuse University Press, 1993, pp.93-111.

26. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones,* p.139.

27. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones,* p.145.

28. WIETHAUS, Ulrike, *In search of medieval women's friendships,* pp.93-111.

29. Traducciones inglesas de las cartas conservadas de este episodio en *The Letters of Hildegard of Bingen. Volume I,* pp.34-36, 48-49, 69-70.

30. MARTINENGO, Marirì, "Ildegarda e Richardis", DIOTIMA, *Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre.* Milano: La Tartaruga, 1992, pp.73-99.

31. DRONKE, Peter, *Las escritoras de la Edad Media.* Traducción castellana de Jordi Ainaud. Barcelona: Crítica, 1994, pp.217-218.

32. La traducción inglesa de esta carta en *The Letters of Hildegard of Bingen.* Volume I, pp.48-49.

33. La traducción inglesa de esta carta en *The Letters of Hildegard of Bingen.* Volume I, pp.49-50.

34. DRONKE, Peter, *Las escritoras de la edad media,* p.221.

35. CIRLOT, Victoria (ed.), *Vida y visiones,* p.62.